

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario general siguió su visita y llegó al convento de Xala”

p. 103-108

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo II*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_02/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

vaba la carga de estos dones (el cual, según certificaron al padre comisario, hacía más de treinta años que hacía aquello cada un año en tal día como aquél) puso el *chicuitle*, y algo apartado del portal, vuelto hacia el Niño, le habló en pie en la misma lengua mexicana, diciendo que no tenía otra cosa qué ofrecerle sino aquella carga que traía y el cansancio que en traerla había pasado, que todo aquello le ofrecía; luego se descubrió el ángel en la torrecilla sobredicha y dijo a los reyes que se volvieran a su tierra por otro camino, y así ellos se salieron del patio y la fiesta se concluyó. A la cual se hallaron presentes diez o doce frailes y muchos españoles seculares y más de cinco mil indios, así de los de aquella guardianía, como de otros pueblos, porque todos los de aquella comarca acuden a aquella fiesta.

[CAPÍTULO LXXX]

*De cómo el padre comisario general siguió su visita y llegó al convento de Xala*

Pasada esta fiesta, otro día siguiente siete de enero de mil quinientos ochenta y siete años, salió muy de madrugada el padre comisario de Tlaxomulco, y andadas tres leguas largas de razonable camino, aunque de rodeo, llegó al amanecer a un pueblo llamado Acatlán, de la guardianía de Zacualco. Pasó de largo, y pasado un arroyo que corre junto a las mismas casas, y andada una legua de camino llano, llegó a otro pueblo pequeño llamado Titzapán, de la guardianía de Cocula. Poco antes de llegar a él está en el mismo camino una fuente de agua caliente y bajo de la fuente una laguna en que se crían unos pescadillos sabrosos que llaman sardinas, y en sus riberas hay infinidad de patos, ánsares y grullas. Allí en aquel pueblo descansó un poco el padre comisario y prosiguió luego su viaje, y andada otra legua llegó a unas milpas y casa del convento de San Agustín de Guadalajara; pasó de largo y andada otra gran legua y pasados en ella muchos manantiales de agua que salen en el mismo camino, de que se hace un arroyo con que muele un molino del mismo convento de San Agustín, llegó al mismo molino. Pasó también de largo, y pasadas algunas caserías y heredades de trigos y un arroyo con que se riegan, y andada otra gran legua y al fin della pasado otro arroyo, llegó el padre comisario muy cansado y fatigado al pueblo y convento de Cocula, donde le recibieron los indios con muchas danzas, fiestas y regocijos, y

con ellos algunos españoles que allí moran. El pueblo es grande y caluroso, de unos indios cuya lengua materna se llama tachtouque, y desta mesma son casi todos los demás de aquella guardianía, pero todos entienden y hablan la mexicana y en ella se confiesan y se les predica; caen en el obispado de Guadalajara y en la provincia de Ávalos, pero son de la jurisdicción de México. El convento de Cocula aún no estaba acabado, es pequeño y de aposentos bajos, hecho de adobes, con su iglesia; tiene una bonita huerta, en la cual entra un gran golpe de agua con que se riegan muchos naranjos, cidros y limas y nogales de la tierra, y otros árboles de tierra caliente que hay en ella; la vocación del convento es de San Miguel; moraban en él dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos hasta el lunes siguiente.

En algunos pueblos de aquella guardianía se hallan unos animalejos pardos, de tres cuartas de largo, que parecen un poco a los lagartos de España, aunque son más rollizos; tiene cuatro pies, cada uno dellos de un codo de largo y sin coyuntura ninguna en ellos, salvo en los dedos, tienen un niervo que les va desde la punta del cogote hasta la punta de la cola, por causa del cual no pueden doblar el cuerpo; la lengua tienen harpada y por eso los españoles los llaman escorpiones. Es animal torpísimo, no acomete ni hace mal a nadie si no se le hacen a él; cuando le siguen huye, aunque poco y muy despacio, y en escondiendo la cabeza piensa (como la perdiz) que todo está seguro, aunque deje descubierto todo el cuerpo; y como no le lleguen a la cola tampoco se menea ni hace mucho sentimiento, pero si a ella le llegan da terribles saltos, y si entonces pica a algún hombre o bestia, le quita sin remedio la vida, porque el así picado se va hinchando hasta quedar sin figura y dentro de veinticuatro horas dicen que muere. Allí en Cocula mostraron al padre comisario el pellejo de uno destes animales lleno de paja, y le contó el guardián que yendo a una visita le había muerto en el camino un indio que iba con él, el cual primero le había dado un palo en la cola, y había dado un salto el animal y pasado por encima del caballo en que él iba sin tocar en él ni en el caballo, y que lo había tenido esto por milagro.

Lunes en la tarde, doce de enero, salió el padre comisario de Cocula, y andadas dos leguas de buen camino y pasados dos arroyos, llegó a un pueblo de aquella guardianía llamado San Martín, donde fue muy bien recibido de los indios, los cuales le ofrecieron gallinas, codornices y plátanos y le hicieron mucha caridad. El uno de aquellos dos arroyos corre por junto a Cocula y el otro por junto a las casas de San Martín; hay en aquellas dos leguas algunas estancias de ganado mayor.

Martes trece de enero salió el padre comisario muy de madrugada, y tornando a pasar el arroyo sobredicho que corre por junto a las casas, y andadas dos leguas, llegó a un río que pasa por junto a una estancia; pasó-le antes que amaneciese por dos partes (si no es que fuesen dos ríos) y siendo aún todavía de noche pasó unas malas ciénagas y pantanos; después que amaneció anduvo un gran rato perdido, porque la guía que llevaba no atinaba con el camino, al fin le halló, y pasadas unas barranquillas y otra estancia llegó a un poblecito de la guardianía de Etzatlán, llamado Xalco, cuatro leguas y media de San Martín; saliéronle a recibir unos pocos de indios que allí había, agradecióselos el padre comisario, y pasó adelante, y andada otra media legua llegó a un bonito pueblo de la misma guardianía de Etzatlán, llamado Ayualulco, donde se le hizo muy solemne recibimiento; díjoles misa, y ofreciéronle un gallo de la tierra y gallinas de Castilla, plátanos y pan y una bota de vino, y detúvose allí hasta la tarde; viene a aquel pueblo un arroyuelo de buen agua que bebe la gente, y con que se riega un huerto que tienen allí para los frailes, los cuales les dicen cada domingo misa, por ser mucha gente y muy devota; a la banda del sur, en unas sierras, no muy lejos de aquel pueblo, hay y se benefician muchas minas de plata, en que residen muchos españoles. A la banda del oriente, cerca también del mismo pueblo, hay una laguna pequeña que cría muy buenos bagres y otros pescadillos sabrosos que llaman sardinas.

Aquel mismo día en la tarde salió el padre comisario de Ayualulco, y andadas dos leguas y media, en que se pasa un arroyuelo, llegó al pueblo y convento de Etzatlán donde asimesmo fue muy bien recibido. El convento es pequeño pero fuerte, labrado de cal y canto, con su dormitorio, claustro e iglesia; tiene una bonita huerta en que se dan muchas legumbres, hortalizas y frutas de Castilla y se crían biznagas; riégase todo con un buen golpe de agua que viene encañada a ella; la vocación de aquel convento es de la concepción de nuestra Señora, moraban en él tres religiosos y no los visitó el padre comisario hasta la vuelta, ni se detuvo allí más de aquella noche. El pueblo de Etzatlán es pequeño, pero de gente muy devota; su lengua materna y la de los otros pueblos de aquella guardianía es particular, pero todos entienden y hablan la mexicana y en ella se confiesan y se les predica; todos caen en el obispado de Guadalajara y son de la jurisdicción de México. Media legua de Etzatlán, entre oriente y norte, está una laguna de tres leguas y más de largo, y ocho de box, poco honda y de mal agua, la cual cría bagres y mucho pescado pequeño, de lo cual pescan los indios mucha cantidad y lo llevan a vender a muchas partes. Había en ella los años pasados (según certificaron al padre comisario) muy

grandes peces, y el año de sesenta y seis hubo tan grande temblor de tierra en aquella parte de Xalisco que se cayeron muchos edificios y entre ellos algunos conventos nuestros, y atravesando el mismo temblor aquella laguna se hundieron todos los grandes y no quedaron sino los chicos que agora hay. Tiene aquella laguna dos islas pobladas; la mayor se llama San Juan, en la cual moran más de doscientos indios que la siembran y cogen en ella maíz; la otra tiene menos de cuarenta y llámase Santiago. Entre el oriente y sur de Etzatlán hay muchas minas de plata y en ellas muchos ingenios para beneficiarlas y muchos españoles, los cuales aunque tienen su cura clérigo acuden a nuestro convento a misa y a recibir los santos sacramentos, así por ser gente muy devota, como por no estar lejos dél; dase en aquello de Etzatlán miel blanca muy buena y estimada.

Miércoles catorce de enero salió el padre comisario de madrugada de Etzatlán llevando por guía a un fraile de aquel convento y un indio, alguacil de aquel pueblo, y andada una buena legua en que se pasan ciertas cienaguillas y malos pasos por cinco o seis pontezuelas de madera, se halló perdido en una ladera de una cuesta, porque la oscuridad de la noche y ser el camino poco usado desatinó a los guías. El fraile le advirtió el yerro porque desconoció la tierra, y queriéndolo remediar de presto, no quiso volver atrás, sino fue atravesando por unas dehesas quemadas, y con la misma oscuridad llegó a una quebrada que le impidió el paso y hizo que todos hiciesen alto y se detuviesen a tratar lo que se debía hacer; quiso la guía ver si la quebrada era honda para atravesarla si no lo fuese, apeóse de la bestia en que iba, y yendo tentando con los pies se quedó colgado casi en el aire, asido de la xáquima, que fue milagro no caer y hacerse pedazos; viendo esto el padre comisario tuvo por más acertado y seguro volver atrás y desandar lo andado, que buscando atajos meterse en trabajos y peligros; y volviendo atrás le cogió un aguacero que le mojó el manto, y al fin, después de haber andado perdido una hora, llegó al amanecer a una encrucijada, donde se había hecho el yerro; tomó el camino derecho y prosiguió su viaje, y bajada una larga y mala cuesta llegó a unos grandes llanos donde había una estancia de vacas y hay unos manantiales de agua en el camino. Al cabo destes llanos está un poblezuelo de aquella guardianía, llamado San Andrés, tres leguas de Etzatlán; no entró dentro el padre comisario porque está un poco apartado del camino; pasó por la casa de la estancia sobredicha y por unos barrizales y malos pasos (en uno de los cuales cayó la guía y se desconcertó un dedo de la mano) y andadas otras tres leguas en que se baja una cuesta muy pestilencial, llegó muy cansado a otro poblecito de siete u ocho casas de indios coanos, llamado Muchititic, de la misma guardianía de Etzatlán. Está aquel pueblo en una hoya entre

muy altos cerros, y corre por medio dél, por junto a la iglesia, un arroyo de muy buena agua; hicieron los indios al padre comisario mucha caridad, diéronle de comer y descansó allí un poco; luego, después de comer, salió de aquel pueblo y pasado un arroyo (yendo todavía cuesta abajo) acabó de bajar una mala cuesta o barranca por la cual corre otro buen arroyo; luego subió y bajó otras dos barrancas, una peor que otra, y finalmente subió otra altísima y muy empinada y de mal camino, a la cual llaman el Puerto, la cual tiene casi dos leguas de subida; después, por buen camino, aunque un poco cuesta abajo, pasado un arroyo y unos manantiales de agua (de que se hace el río de Auacatlán, de quien después se dirá) y andadas otras dos leguas largas, llegó el padre comisario de noche, muy cansado y harto de andar, a un bonito pueblo llamado Itztlán, de la guardianía de Xala, seis leguas de Muchititic, donde se le hizo mucha caridad y muy buen recibimiento con música de trompetas y mucha frecuencia de indios e indias que le estaban aguardando a aquella hora; diéronle de cenar y descansó allí aquella noche.

Jueves quince de enero salió el padre comisario de día claro de Itztlán, y pasado un arroyo que corre por junto al pueblo, y andadas dos leguas, la una de llanos y la otra de cuestras, llegó al pueblo y convento de Xala, donde asimesmo se le hizo muy buen recibimiento; acudieron los indios con sus presentes y ofreciéronle pan de Castilla, huevos y fruta y otras cosas con mucha devoción y amor. El convento (cuya vocación es de la asunción de nuestra Señora) es una casita pequeña, vieja y hecha de adobes y cubierta de paja, la iglesia es de lo mesmo; tiene una bonita huerta, a la cual, y al pueblo, viene una poca de agua por unas canoas o canales de madera. Danse en la huerta cardos y todo género de hortaliza y danse duraznos y albarcoques y otras frutas; moraban en aquel convento tres frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente. El pueblo de Xala está en un llano, al cabo de un valle, al pie de unos cerros que le defienden del norte, detrás de los cuales hay unas sierras muy altas y prolongadas; es aquel pueblo de mediana vecindad, situado en tierra templada, más caliente que fría; los indios son muy devotos de nuestro estado; ellos y casi todos los de aquella guardianía hablan la lengua de Auacatlán o xuchipilteca, pero entienden mucho la mexicana y en ella se confiesan y se les predica; caen todos en la jurisdicción y obispado de Guadalajara.

En las laderas de las sierras sobredichas, a la banda del norte y hasta llegar al Río Grande de Toluca, hay muchos indios coanos, de los cuales aún hay algunos de la otra parte del río; de todos los cuales estaban entonces convertidos a nuestra santa fe católica doce poblezuelos, los nueve

desta parte del río, a seis y a siete leguas de Xala, desde donde los visitaban nuestros frailes, y los tres de la otra banda del río, y a los unos y a los otros doctrinaba un religioso de aquel convento e iba convirtiendo otros; que toda es gente muy doméstica y dócil, aunque pauperísima, y si hobiese ministros que supiesen su lengua se haría en ellos grandísimo fruto; los que están de la otra parte del río son muy molestados de los chichimecas de guerra, que se la dan muy cruel; defiéndense dellos lo mejor que pueden. Mataron estos coanos, al principio de su conversión, dos religiosos nuestros de gran vida porque les defendían sus idolatrías; llamábanse fray Francisco Lorenzo y fray Francisco de la Anunciación. Es gente aquélla muy inclinada a emborracharse y a mentir, pero en ninguna manera se ha de tratar con ellos mentira; condición general y común de todos los indios de la Nueva España. La lengua de los coanos es la mesma que la de los de Huainamota, de los cuales se dirá presto.

Junto al mismo pueblo de Xala hay un volcán muy grande, el cual, como adelante se dirá, reventó (según dicen) los años o siglos pasados, y echó de sí gran suma de piedras, y de uno que era quedaron hechos por lo alto tres y en cada uno hay un hoyo muy grande, y en el uno dellos piedra azufre, y del otro sale muy gran calor y como un humo, según lo contó al padre comisario el guardián de aquel convento, que dijo haber subido allá y haberlo visto todo.

#### [CAPÍTULO LXXXI]

*De la provincia de Huainamota y de un caso notable que en ella aconteció, que fue matar los indios a dos frailes*

Veintitrés leguas del pueblo y convento de Xala, entre norte y sur, está una provincia llamada Huainamota, en la cual, en el pueblo principal llamado también Huainamota, había un convento nuestro en el cual residían dos religiosos que doctrinaban a los de aquel pueblo y a los demás de la comarca —el uno se llamaba fray Andrés de Ayala, gran lengua mexicana, y el otro fray Francisco Gil lengua también mexicana— y de los de Centípac y de los mesmos de Huainamota. A estos dos frailes, el año de ochenta y cinco, a cuatro de agosto, día de Santo Domingo, mataron en el mismo pueblo y convento de Huainamota unos indios malos cristianos de aquel pueblo, convocando en su ayuda otros semejantes, inci-